

La culpa y el arrepentimiento

Por ENRIQUE GUARNER

EN «All my sons», tragedia de Arthur Miller, que fuera estrenada en Nueva York en 1947, nos encontramos con un caso de culpa consciente que obliga al protagonista a suicidarse, porque como dice su hijo: «ningún hombre puede ser una isla». En efecto, Joe Keller es propietario de una fábrica que durante la guerra mundial produjo pistones para los aviones de combate. Sin embargo, algunos de ellos resultaron defectuosos y en lugar de impedir su envío al frente, nuestro personaje temiendo la ruina económica, permitió la salida de la remesa. La consecuencia fue el que una veintena de aeroplanos se cayeran después de haber despegado.

Joe quien fingió sufrir una neumonía cuando se despatcharon las piezas permitió que todas las acusaciones se lanzaran contra su socio y mejor amigo apellidado Deever; de tal manera que resulta absuelto en el juicio, en tanto que su asociado es condenado. La complicación surge cuando un hijo de los Keller ha desaparecido en una supuesta acción de guerra. Este muchacho era novio de Ann, la hija de Deever y el paso del tiempo ha hecho que se enamore de Chris, el hermano menor de aquél. Aparentemente Joe Keller favorece la unión con el objeto de cubrir su reputación.

Sin embargo, el problema estalla cuando en una cena y en presencia de los hijos de Deever, Joe comete un acto fallido en el que afirma que nunca ha estado enfermo en toda su vida. Esta situación da lugar a que Chris investigue lo sucedido durante la guerra y se entreviste con el inculgado.

La tragedia finaliza, cuando Joe Keller es confrontado con una carta que su promogénito envió a Ann anticipándole su suicidio debido al remordimiento que sentía porque su padre estaba involucrado en la muerte de sus compañeros pilotos al haber expedido los defectuosos pistones. Ante la terrible evidencia y la culpabilidad Joe Keller decide pegarse un tiro.

Es así como Arthur Miller nos presenta una obra digna de Ibsen, en la que la integridad y responsabilidad de los seres humanos cobra un papel preponderante. La culpabilidad, o sea, el estado emocional que experimentamos al haber cometido una violación a los principios establecidos, dan lugar a sensaciones que como en el caso de Keller nos destruyen.

En 1930, Sigmund Freud publicó «El malestar en la cultura», donde hizo sus mejores observaciones acerca de la culpa. Según el creador de psicoanálisis la civilización ha tenido la agresión que es inherente al hombre, valiéndose de la culpabilidad. El yo en sí mismo solamente busca la satisfacción, pero se detiene porque teme infringir las reglas y perder el amor de quienes le rodean. Por lo tanto en sus estados iniciales el sentimiento de culpa se deriva del miedo a disminuir el cariño de los padres. Según Spitz, ellos desde finales del primer año envían mensajes acerca de aquello que nos será permitido o negado. El gesto de sí y no, queda incorporado y permanece dentro de nosotros para autorizar o desaprobar. En otras palabras, el pensamiento de ya no ser amado por los padres crea la obediencia y suprime nuestros deseos.

Para Freud el remordimiento es una reacción de la conciencia con el objeto de apaciguar la violación que hayamos cometido. Tanto los impulsos agresivos como los sexuales se acompañan de intensa culpa y son condenados por los progenitores o la sociedad que nos rodea.

A pesar de la validez innegable de la teoría freudiana, cabría agregar ciertos casos de autosabotaje por culpa. Ejemplos son los fracasos ante el éxito, como un industrial que inconscientemente destruye su empresa, o un deportista o torero que en el último momento daña una victoria o triunfo. Este tipo de culpabilidad pudiera denominarse masoquista, porque se renuncia a satisfacciones a nuestro alcance.

Otro campo que Freud pasa inadvertido es el de la culpa que se desarrolla en las sociedades primitivas, donde al emprender determinadas acciones se viola la tranquilidad de la tribu. A veces esto puede vivenciarse como la llegada de una plaza o inundación. El pensamiento no está gobernado por algo racional, sino que se deriva de objetos inanimados, los cuales ocasionan mayor culpabilidad. Por ello muchos hombres que viven apartados de la civilización obedecen leyes y reglas arbitrarias. Su vida se regula automáticamente para evitar sentir la culpa.

De cualquier manera Joe Keller necesita castigarse porque su culpabilidad ante el filicidio nunca será perdonada. En el fondo su hijo tiene razón al afirmar que ningún ser humano es una isla.

El arrepentimiento

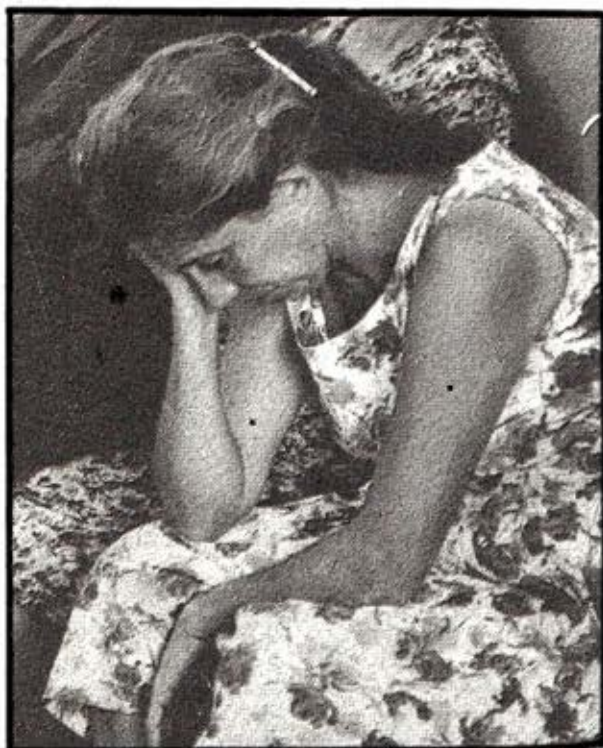
En sus «Confesiones» escritas en el siglo IV, San Agustín, obispo de Hipona, nos dice: «¿Por qué no ahora? ¿Por qué no este momento para limpiar mi suciedad?».

«Es así como hablaba y lloraba con la mayor contricción del corazón y escuchaba una voz interna que profecía: lee aquello que está escrito. Por lo tanto secando el torrente de las lágrimas, me levanté y comprendí que la orden provenía de Dios que me ordenaba la lectura del primer capítulo y en silencio descubrí que nunca en las peleas, borrascas, en la carne, ni en la envidia encontraré a nuestro Señor Jesucristo. No necesité leer más, sino que una luz se introdujo en mí y toda la oscuridad de la concupiscencia desapareció».

Fue así como el santo halló el arrepentimiento de lo que denominaba un exceso de indulgencia y donde aparecen relatados algunos episodios sexuales junto con otros en los que exageraba lo que denominaba «grandes pecados», al extremo de dar proporciones delictivas al hurto de unas peras que no pasa de ser un juego infantil. De cualquier manera se pudiera concluir que un cierto libertinaje hubiera sido el intermediario para que el futuro obispo de Hipona alcanzara la unión mística con su propio Dios.

Esta actitud en San Agustín podría interpretarse como la derrota de un estado depresivo en el que predominó la culpa. En el fondo se busca protección contra los impulsos y deseos refugiándose en la idea religiosa. Dentro de la comunidad que se forma se encuentran reglas y disciplina, haciendo que el ritual adquiera la coherencia que necesita el yo.

Resulta frecuente que personas que han llegado al quinto o sexto decenio de sus vidas se cobijen en un grupo religioso. Casos connotados son los del Emperador Carlos V, quien pasó los dos últimos años de su vida en el con-



vento de Yuste en Extremadura. Igualmente el compositor Franz Liszt que había llevado una vida licenciosa se retiró en 1861 a una orden franciscana. Ambos se salvaron de la amenaza de la depresión y el convento se convirtió en un padre protector que prometía el amparo y la salvación del alma.

Frecuentemente la religión a la que se acude es aquella en la que se creció y por lo tanto la conversión no es otra cosa que volverse niño y entrar en contacto con los progenitores. Esta secuencia debe ser entendida como una defensa contra la melancolía y el castigo divino. Sin embargo, no siempre resulta fácil porque significa el repudiar la actuación de uno de la vida y la admisión total de culpa. Cuando sucede en personas que no han alcanzado la madurez en la vida, este refugio es siempre inconsistente y poco duradero.

En otros casos más numerosos la culpabilidad puede resolverse con acciones menos drásticas. Por ejemplo, una ofensa se repara con una disculpa o si ésta ha sido hecha a la comunidad, con un acto caritativo. Cuando una persona a la que se estimó fallece, siempre surge la idea de por qué le tocó a ella y no a nosotros. Con frecuencia en un gesto conciliatorio asistimos a su funeral o participamos en la serie de homenajes que se rinden en su memoria. Generalmente sólo recordamos sus cualidades y la ambivalencia que tuvo que existir se transforma en respeto y hasta veneración.

En resumen, en relación a la culpa la religión nos provee de un doble mecanismo, puesto que por un lado nos hace conscientes de las transgresiones y por el otro alivia disminuyendo el castigo, de nuestros deseos sexuales y agresivos. Valiéndose del rezo, la confesión y la caridad mitiga la terrible culpabilidad inconsciente que todos llevamos dentro.